

lo cual fué causa de que se suscitase una disputa que terminó negándose rotundamente Dunmore á permanecer en Williamsburg, á pesar de que la Asamblea le daba toda clase de seguridades. El gobernador manifestó que los miembros de la Cámara podrian pasar á bordo para tratar con él, pero no habiendo aceptado aquellos la proposicion, cesó con esto toda correspondencia amistosa entre ambas partes.

Privado así Lord Dunmore de su gobierno, intentó en el otoño de 1775 reducir por la fuerza á los que ya no podía gobernar, y habiéndosele agregado varios partidarios de la causa británica, que no gozaban de muy buena reputacion en su país, y una multitud de esclavos negros, pudo con ayuda de estos y con los buques que tenia á su disposicion, comenzar una especie de guerra depredatoria que exasperó á los colonos aunque sin someterlos. Después de hacer algunas escursiones por tierra proclamando la libertad de los esclavos, el gobernador fijó al fin su residencia en Norfolk, ciudad marítima de alguna importancia, donde el pueblo era mas adicto á Inglaterra que en otros puntos. Sin embargo, habiéndose organizado una considerable fuerza contra Dunmore, y como éste dejándose arrastrar por su natural impetuosidad obrase con mas valor que prudencia, fué enteramente derrotado y se vió en la precision de refugiarse en el mes de diciembre en sus buques. El día 1.º de enero de 1776, Dunmore, que acababa de recibir algun refuerzo con la llegada de un buque de guerra de Liverpool, bombardeó á Norfolk, la mayor y mas rica ciudad de Virginia, causándole una pérdida de trescientas mil libras esterlinas. Durante el verano el gobernador continuó sus desgraciadas escursiones á lo largo de los rios,

quemando y saqueando á diestro y siniestro, hasta que al fin tuvo que refugiarse con su gente en la Florida y en las Bermudas.

Entre tanto, un tal Conolly, agente en otro tiempo de Dunmore en la Virginia del Norte, hombre intrépido y á la vez de grandes disposiciones, proyectaba un plan de bastante importancia en favor de la causa real. La primera parte de aquel, segun se decia, era formar una liga con los indios del Ohio, y habiendo participado su idea á Lord Dunmore, quien la aprobó completamente, Conolly se ausentó para llevar á cabo su designio; á su regreso fué á ver al general Gage, que estaba en Boston, y despues de esto se dispuso á terminar su empresa. Es de presumir que el plan era volver al Ohio, solicitar la ayuda de los indios y unirse luego con Lord Dunmore en Alejandria; mas el proyecto fracasó repentinamente, porque Conolly fué arrestado en Fredericton, en Maryland, desde donde juntamente con sus amigos, fué enviado á Philadelphia en clase de prisionero en el mes de noviembre.

El gobernador Martin y los realistas de la Carolina del Norte se mostraron muy celosos en favor de la causa que defendian, pero no consiguieron absolutamente nada, por la mucha actividad que desplegaron sus adversarios. Ni el general Clinton, que habia ido á la Carolina para tratar de hacer algo, ni el gobernador Wright, en Georgia, fueron tampoco mas felices en su empresa, y el último tuvo al fin que retirarse á un buque de guerra que se hallaba en el rio.

Por muchos motivos, debidos principalmente á su posiccion y relaciones, Nueva-York se mostraba mas dispuesta á reconocer la autoridad de la madre patria que á unirse con las demás colonias en defensa de sus derechos y libertades.

El gobernador Tryon, que habia juzgado oportuno trasladarse á bordo del *Asia*, mantenía una constante correspondencia con los realistas de la ciudad, mostrándose muy activo para deshacer los planes de los pocos patriotas que anhelaban la independendencia.

La *Gaceta* de Rivingston, periódico del gobierno, molestaba no poco á los enemigos de la Corona por su sutileza y perspicacia, llegando verdaderamente á ser ofensivo á los patriotas. Esto no podia tolerarse, y en su consecuencia, cuando la Junta de Salvacion se negó en el mes de noviembre á tomar parte en este asunto, el capitán Sears manifestó que él se encargaria del negocio, y al efecto, poniéndose al frente de un piquete de caballería de Connecticut, dirigióse á las oficinas de Rivingston y entre los gritos del populacho rompió las prensas y las máquinas. Esto se consideró por todos como una violencia injustificable, y en el primer Congreso provincial quejaronse muchos fundadamente por aquel abuso.

En el mes de octubre el Congreso recibió una carta escrita por algunas personas de mucho crédito en Lóndres, en la que se manifestaba que el plan del gobierno británico era posesionarse de Nueva-York y del Hudson á fin de establecer así una comunicacion entre dichos puntos y el Canadá; distraer y dividir las fuerzas de las colonias con las escursiones de los indios, y reducir en fin al país á una completa sujecion. Estos informes no dejaron de escitar cierta alarma, sobre todo por lo que se referia al Hudson, que importaba mucho conservar; y cuando se supo á fin de año que se hacian grandes preparativos en el puerto de Boston para alguna expedicion secreta, Washington dedujo al momento que el plan de Sir Enrique Clinton, jefe de aquella, seria

apoderarse de Nueva-York. Inmediatamente se tomaron medidas para deshacer aquel proyecto, pero luego se vió que Clinton solo se habia propuesto dirigirse á la Carolina del Norte.

A principios de 1776, y como se creyera que la Junta de Salvacion se mostraba algo indiferente, dióse orden al general Lee de encargarse del mando de las tropas enviadas de Connecticut para sostener la autoridad del Congreso, previniéndole al mismo tiempo que impidiera, en cuanto fuese posible, las maquinaciones de Tryon y de los realistas. Sir Enrique Clinton se acercó á Nueva-York al dirigirse á la Carolina, y al saberlo Lee envió un mensaje al buque de guerra en que iba la expedicion, manifestando que si alguno llegaba á propasarse en lo mas mínimo, ahorcariá sin contemplacion alguna á un centenar de realistas, amenaza que por lo demás era muy capaz de llevar á cabo.

Pero no era solo en la ciudad de Nueva-York ni en sus alrededores donde se mostraba formidable el partido de los realistas, pues tambien poseian una fuerza numerosa en el condado de Tryon, esa parte de la provincia que se halla al Oeste del rio Schoharie, donde la familia de Johnson ejercia una gran influencia. Hallábanse allí celosos Whigs, pero tambien muchos Tories, y por lo tanto el general Schuyler creyó oportuno enviar un destacamento desde Albania en el mes de enero, para desarmar á los Johnsons y á los Highlanders. Guy Johnson habia ido al Canadá y reclutaba la mayor parte de los Mohawks para que sirviesen la causa de la Gran Bretaña, y aun cuando Sir Juan habia dado palabra de no hacer armas contra América, cuando en el mes de mayo se trató de arrestarle por sospechas, huyó al Canadá, organizando antes dos ba-

tallones de tropas, con los cuales llegó á ser bien pronto el terror de las fronteras de Nueva-York. Brant, el famoso jefe indio, era secretario de Guy Johnson y se mostró muy activo contra los americanos.

En vista de la conducta de Lord Dunmore en Virginia, de que ya hemos hablado anteriormente, se supuso que Monte Vernon seria atacado bien pronto, y por lo tanto Washington, temiendo que se realizasen sus dudas, envió á decir á su señora que fuera á reunirse con él en el campamento delante de Boston, y su presencia alegró mucho al comandante en jefe, quien como siempre, cuidaba de que se recitasen las oraciones de la mañana y de la tarde, asistiendo puntualmente á la iglesia. Mr. Irving hizo un bosquejo muy exacto de la clase de vida que llevaban todos en aquel campamento, y así mismo nos habla de una reyerta ocurrida entre los llamados *chaquetas redondas* y algunos tiradores, reyerta que terminó Washington cogiendo á dos de estos últimos por el cuello y arrojándolos de sí con violencia, en vez de dirigirles una reprimenda. Este acto de vigor nos hace conocer mas á fondo cuál era el carácter del jefe y de qué manera tan espedita zanjaba esta clase de cuestiones (*).

En el mes de noviembre del mismo año se dió parte al Congreso de que en Philadelphia habia un extranjero que deseaba hacerles cierta confidencia, y aunque al principio no se hizo aprecio del aviso, como volviera á instar repetidas veces la persona desconocida, nombróse un comité compuesto de Juan Jay, el Dr. Franklin y Tomás Jefferson, para que averiguase de qué se trataba. En su consecuencia estos señores se dirigieron á Carpenter Hall, punto señalada-

(*) Véase la *Vida de Washington* por Irving, vol. II, p. 124.

do para la cita, y allí encontraron á un caballero de bastante edad y cojo, que parecia un oficial francés, quien les dijo que el rey de Francia estaba muy satisfecho de la conducta que venian observando los americanos, que les deseaba el mejor éxito, y que cuando fuese necesario, no tendria inconveniente en probarles su amistad de una manera mas franca. El comité quiso entonces saber quién le autorizaba para dar semejantes seguridades, pero entonces el oficial inválido acercó su mano al cuello y contestó: «Caballeros, me importa mucho salvar mi cabeza.» Habéndole preguntado qué clase de pruebas de amistad podian esperar del rey de Francia, repuso: «Señores, si necesitais armas y municiones las tendreis, y si os hace falta dinero contad desde luego con el.» El comité observó entonces que semejantes ofrecimientos eran de la mayor importancia y que era conveniente saber qué autoridad los hacia; mas el desconocido contestó como la primera vez, que no queria esponer su cabeza, y ya no se pudo obtener otra respuesta de él. Despues de esto desapareció el extranjero de Philadelphia y no se le volvió á ver mas (*).

El Dr. Holmes, en sus bien escritos *Anales Americanos*, hace una reseña del año 1775 y se espresa de este modo: «Durante este año, en que tuvieron lugar tantos acontecimientos, no faltó materia para entregarse á interesantes y útiles reflexiones acerca de la impotencia de las pasiones humanas cuando se oponen á las inmutables leyes de la justicia y á los decretos de la Providencia. Al principiar el año, Lord Chatham, entre otros patriotas y hombres de Estado de la Gran Bretaña, despues de manifestar cuánta era la importancia de la cuestion americana,

(*) *Vida de Juan Jay*, escrita por su hijo, vol. I, pág. 39.

pronosticando cuál seria su resultado, habló largamente acerca de los conflictos y calamidades que podian esperarse para la nacion á consecuencia de la lucha que provocada por los ministros, iba á empezar bien pronto. «Yo sé, dijo Lord Chatham, que ninguno querrá confesar que aconsejó semejantes medidas al monarca, y que todos se cuidarán de rechazar este cargo; mas preciso es convenir que la idea procede de alguien, y que si el rey continúa dando oídos á semejantes consejeros, se verá en un conflicto. Ciertamente es que S. M. podrá llevar la corona, pero si falta en ella una de sus mejores joyas, perderá todo su valor. La primera gota de sangre causará una herida que no será fácil cicatrizar aun cuando pase mucho tiempo.» Los ministros persistieron en sus medidas; vertióse la sangre, causando, como dijo el célebre orador, una peligrosa herida, y se perdió la joya de América (*).

La situacion de América en aquella época y la crisis por que estaba atravesando, ofrecia al mundo un extraño espectáculo. El pueblo solo reconocia á un gobierno local que el monarca denunciaba como usurpador, y las colonias habian levantado un ejército para luchar contra las tropas reales, invadiendo al fin el territorio del rey de Inglaterra. Los hombres que se oponian á las medidas del gobierno inglés merecieron el nombre de rebeldes; en los tribunales administrábase aun justicia en nombre del soberano, y se hacian votos por la conservacion y bienestar de un príncipe cuya autoridad era ignorada hasta el punto de pronunciarse en abierta lucha contra él. Una parte de los colonos pretendia que solo era su deseo restablecer el gobierno real en su primitiva forma, siendo así que el sistema republicano se ha-

(*) *Anales de Holmes*, vol. II, pág. 236.

bia introducido ya mucho tiempo antes; y otros muchos, manifestando que solo querian llegar á cierto punto, empleaban medios que debian conducirles á lo contrario. Semejante estado de cosas no podia prolongarse mucho tiempo, y bien pronto, comprendiéndose que no habia otra alternativa que la *sumision* ó la *independencia*, la opinion pública se pronunció resueltamente en favor de esta última, tanto mas, cuanto que este era en efecto el único recurso que quedaba. Ciertamente es que se contaban en América muchas personas dignas que no podian avenirse fácilmente con la idea de separarse por completo de una nacion con la cual estuvieron siempre íntimamente enlazadas; pero viendo la espada desnuda y dispuesta á herirles, y á los habitantes de las diversas colonias prontos á coaligarse, temieron por otra parte que despues de un periodo de espantosa anarquía, llegara algun César ó Cromwell para arrancarles sus libertades y reinar luego sobre ellos despóticamente. Así mismo dudaron de la constancia de sus conciudadanos para llevar á cabo el proyecto de declararse independientes, y ocurrioles tambien la duda de si serian mas felices en el caso de conseguir su objeto. Algunos hombres respetables, de puros sentimientos, pero cuyas almas no eran de ese temple que se requiere para las revoluciones, se alarmaron en extremo por los atrevidos proyectos de sus compañeros, mas no desconocian que se contaban muy pocos dispuestos á someterse sin condiciones y sin oponer resistencia alguna. Muchos colonos temian el poder de Inglaterra; otros, movidos por el interés ó por la esperanza de obtener favores del gobierno real, no quisieron tomar parte en la causa comun, y no pocos naturales de Inglaterra que hacia un corto tiempo se hallaban establecidos en América y que por lo tanto se inclinaban mas en fa-